

## EL HOMBRE CON ATRIBUTOS o *Humanismo cívico*, de Alejandro Llano

Lidia Figueiredo. Lisboa

«En el más pequeño poema de un poeta debe haber algo por lo que se advierta que existió Homero».

Fernando Pessoa/Ricardo Reis

*Humanismo cívico* es una obra filosófica o un poema de madurez (es Kierkegaard quien da a sus textos o productos filosóficos el nombre de poemas). Nos ofrece una reflexión sobre la realidad política actual, en la que el autor mira a la historia del pensamiento político en Occidente y conversa con autores de la contemporaneidad, que rezuma sazón. Y, como quería Ricardo Reis, en él se puede advertir Homero.

¿Por qué tiene sentido hablar de la presencia de Homero en este libro de Alejandro Llano? Porque el humanismo cívico que propone es una apelación al coraje comunitario e individual, a la virtud entendida como vigor y capacidad de resistir y acometer, al ingenio y a la compasión que siguen fascinándonos en la epopeya homérica y alientan de modo decisivo la amplia tradición occidental. En este tiempo nuestro de gris acomodación a lo dado y blanda búsqueda de lo fácil, *Humanismo cívico* remite a los poemas homéricos.

Se trata de una obra de madurez, decía. Alejandro Llano tiene ya larga labor publicada en filosofía. En ella se distinguen dos líneas predominantes de investigación: la teoría del conocimiento y la filosofía política. *Humanismo cívico* surge, en efecto, pocos meses después de *El enigma de la representación*, un texto filosófico importante sobre la condición del conocimiento y de la cultura. En los escritos de Llano bailan de modo permanente dos conceptos que se mueven tanto en separado, como, las más de las veces, en evolución conjunta: la verdad y la libertad. Son temas profundamente humanos y atañen a lo que hace a los hombres de algún modo dioses. La fuerza liberadora de la verdad y la naturaleza *veritativa* e innovadora de la libertad se entrelazan de continuo en el discurso de Llano y constituyen asimismo la nervadura de *Humanismo cívico*, la móvil efigie bifronte que depuradamente timbra este texto.

El autor mantiene que, lejos de haber alcanzado una forma perfecta, la democracia que frecuentamos está desanimada y lánguida, enfermiza, reseca. Y, sin embargo, no parece atisbarse mejor régimen político. ¿Qué les falta a nuestras democracias? Verdad y libertad, precisamente. Y que en democracia escasee la libertad es un atentado contra la misma verdad democrática. Pero la insuficiencia de la libertad al uso se debe justo al creciente desinterés por la verdad, a su desvalorización pública.

Nos confrontamos aquí con un serio problema político pero sobre todo con un imponente problema cultural.

Parece no adecuarse al imaginario del ciudadano emancipado de hoy la noción superficial y acrítica de verdad tal como se le aparece en sus versiones arcaicas e ilustrada: el fantasma de una extraña *realidad* abstracta y prepotente, la representación de una aleatoria pero autoritaria referencia de sentido, fabricada tanto en la minoridad de los pueblos antiguos como en la presuntuosa alegada mayoría de la razón, reivindicada en la era de las Luces. Vence Nietzsche. En diálogo con MacIntyre y Charles Taylor, Inciarte y Spaemann, Alejandro Llano trae a colación lo infundado de tal idea de verdad. Ilumina el concepto aristotélico de verdad práctica que es la verdad de la acción, «la verdad que se hace, que se opera libremente», y sostiene que el mismo saber teórico es un bien de la inteligencia y del hombre entero, algo que se adquiere en la cadencia de la vida, insertándose así en la dinámica de la praxis y, de este modo, en el flujo de la historia y de las tradiciones.

Lo real es aprehensible no solamente por la intermediación sensible, en los conceptos formales, sino también por una especie de segunda intermediación, intelectual, en palabras de Inciarte, por la que las cosas se hacen intencionalmente presentes a la mente. En este desempeño *realista* de la mente estriban los juicios verdaderos, esto es, la verdad formal. Alejandro Llano recuerda la «falacia del homúnculo» —expresión con la que A. Kenny definió la idea de representación cognoscitiva propuesta por Descartes— y achaca a la gnoseología representacionista el *mediacionismo* cognoscitivo y cultural cerrado que caracteriza la modernidad y progresivamente aísla al hombre de la naturaleza, de la que aquél es sin embargo parte integrante y cualificada. La palabra «verdad» —verdad del hombre— significa no sólo la apertura cognoscitiva hacia lo natural sino también la percepción, por lo menos incoada, de la forma específica que en el hombre toma su ser natural o ser de la naturaleza.

Es razonable hablar de «verdad» y muy conveniente atenerse a lo verdadero. La verdad es el objeto propio de toda indagación intelectual; es algo alcanzable, aunque susceptible de ampliación y reformulación. Porque hay verdades y no-verdades se hace posible hablar de diálogo racional y consenso racional entre opiniones plurales: fuera del horizonte de la verdad, sólo se dan el diálogo de segundo nivel, que es la negociación, y el consenso fáctico. Y sin la esperanza de la verdad, se desnaturaliza la inteligencia y vacía el ejercicio de la libertad («la libertad no se puede desplegar de espaldas a la verdad»), lo que da lugar a todo tipo de seguidismos y mimetismos en la vida social y a la mansa ductilidad frente a la manipulación que se quiera ejercer desde las instancias del poder económico y político.

El déficit de libertad en la democracia occidental en la que vivimos frustra las expectativas creadas en los albores de este sistema político. Deberíamos haber construido, a estas alturas de la historia, una democracia sazónada y ágil, de la que los ciudadanos fuesen los reales protagonistas y, en esa medida, diversificadamente plural, empeñadamente luchadora por las distintas *verdades* en presencia y activamente dialogante, inventiva, diligente. Y lo que tenemos, al contrario, son ciudadanos domesticados por el «pensamiento único» vigente en la democracia, interesada-

mente unánime y convergente, del Estado y del mercado.

¿A qué se debe el *low profile* de los ciudadanos de nuestras evolucionadas democracias occidentales? Ante todo, a una cultura que desconoce el papel perfeccionador y humanizador de las virtudes, dice Llano. Persiste el eco negativo de la palabra «virtud», todavía asociada a su caricatura en el escenario social victoriano y a superadas prácticas educativas cuadrículadas y mohosas. En contra de estos espectros, la actual rehabilitación de la filosofía práctica aristotélica y, de modo destacado, la llevada a cabo por MacIntyre, está devolviendo el brillo a estos conceptos clave de la ética clásica. Virtudes son calidades estables, intelectuales y morales, valoradas como bienes humanos, que se adquieren a modo de cultivo. Las virtudes potencian la libertad. El hombre virtuoso está mejor dotado que el no virtuoso para elegir y alcanzar bienes elevados, teóricos y prácticos; es en esa medida el más libre. Son las virtudes —y sólo ellas— que hacen del hombre un hombre bueno, *diferenciado*, y de su vida una vida lograda. De las virtudes se nutre la vida social y política. Alejandro Llano recuerda la maquiavélica identificación de hombre bueno y buen ciudadano: Maquiavelo es, en efecto, uno de los autores del humanismo cívico renacentista.

La cultura democrática de hoy sufre de la ausencia de la noción de virtud, en gran parte porque padece de un grave extrañamiento respecto a la larga tradición humanística de Occidente, que es la suya. La educación pública de hoy desconsidera a las Humanidades: se desperdician así los resortes estéticos y morales que han permitido que nacieran precisamente en la cultura occidental los ideales republicanos y democráticos y la definición de los derechos humanos. El humanismo cívico que propone Llano pasa por el incremento decidido de la enseñanza de las Humanidades, por la familiaridad con los mejores productos de la cultura, las obras hechas clásicas. Es desde la asumida pertenencia a una tradición como se puede realmente superarla e incluso impugnarla.

El humanismo cívico se presenta como el motor de la dinamización del sistema político vigente, la savia cultural y ética que permitirá el futuro y el florecimiento del proyecto democrático. Se ancla en el nervio ético de las virtudes. El ciudadano que señala Alejandro Llano es, no el «hombre sin atributos» de Robert Musil, sino justamente un hombre *con atributos*: el coraje ético y político; el empeño por la verdad y la sinceridad; el amor, definido como «la tendencia racional que busca el verdadero bien: un bien común a todos nosotros, precisamente porque posee un carácter relacional»; la disposición hacia la amistad, ampliada a la «amistad política»; la compasión y la misericordia; la alta valoración, teórica y práctica, de las potencialidades sociales y políticas de la libertad y de la iniciativa ciudadana; la alentadora esperanza. La ética, condición necesaria para la acción política, no es, sin embargo, condición suficiente. En la ciencia y en la práctica política se tienen que administrar, además del saber ético, los saberes científico, técnico y estético.

El autor de *Humanismo cívico* habla de «esa fuente de sentido primordial que es el mundo de la vida». Son matizados los contornos del *vitalismo* de Alejandro Llano. La vida no es reducible a nada que fuera anterior a ella pero sólo la vida humana, a su vez esencialmente distinta de la vida no humana, se entiende certeramente desde

la ética y sólo ella tiene dimensión política. Se trata pues de un *vitalismo* de raigambre aristotélica en el que se advierte la consonancia —en esta materia— con Hannah Arendt, de la que es conocido el repudio por lo que se podría denominar los *biologismos sociales* que invaden, desde Marx, la teoría política.

Llano se presenta en este libro como un participante cualificado en el debate público que corre en filosofía política. Cruza argumentos, entre otros, con John Rawls y Richard Rorty, Pierpaolo Donati y Alasdair MacIntyre, Michael Sandel y Daniel Bell, Pierre Manent y Michael Walzer. Pone sobre la mesa una propuesta consistente e imaginativa de inflexión del *status quo* hacia una mejor democracia, una democracia lograda, en la que la ciudadanía se mueve sobre todo en el «terreno relacional y comunitario», «la gestión es descentralizada y altísima la capacidad comunicativa», se da la debida atención a las diferencias y se combate la marginación y la pobreza.

Las acciones humanas y la libertad sólo se comprenden desde el fin último del hombre dice, provocando la discusión sobre esta cuestión crucial sobre la que hay inevitable disenso: no es fácil tratar filosóficamente las cuestiones humanas radicales que, por este motivo, deben ser objeto de constante y renovada indagación. Con preocupaciones y desafíos de este tenor, Alejandro Llano se expone decididamente a la eventual *furia de los elementos*, a la tempestad que su libro podrá desencadenar en aquellos que no comparten dichas preocupaciones. Pero el diálogo entre la tradición clásica, el ingenio creativo y la apuesta por la libertad que es *Humanismo cívico* se hace ante todo un reto y un incentivo al pensamiento fuerte en este tiempo nuestro, el de la segunda modernidad. También por esto, o principalmente por esto, se decía antes que en esta obra, claramente «una gran aventura del alma» —expresión que empleaba Georges Steiner en una entrevista reciente— se puede efectivamente advertir que existió Homero.

Es un placer leer *Humanismo cívico*. Alejandro Llano presenta primorosamente, con gracia y elegancia, imaginación y rigor una estructura argumentativa y una riqueza de ideas, sugerencias y conclusiones verdaderamente notables. En los apuntes que registraba al margen durante la lectura de este texto, he escrito alguna vez: ¡Bien dicho! Lo vuelvo a decir ahora, al terminar de leer el libro.

\*\*\*

Lidia Figueiredo  
Avda. E.U. de América, 49, 4º d.  
1700-154 Lisboa, Portugal